

Discurso, poder y hegemonía: algunas teorías sociosemióticas

*Discourse, Power and Hegemony:
some Sociosemiotic Theories*

Fabiana Rosa Martínez¹

RESUMEN

El campo de la sociosemiótica se distingue por tener como centro teórico la categoría de “discurso” y por preguntar insistentemente acerca de sus relaciones con el poder. En esta presentación se revisan desde un punto de vista teórico aquellos autores que han puesto énfasis en la dimensión conflictiva de la producción del sentido social y las luchas por su imposición, estableciendo fundamentalmente relaciones entre la obra de Voloshinov y su filosofía marxista del lenguaje, hasta la relectura de Angenot, quien propone la noción de “hegemonía discursiva” como central en algunas de sus obras.

Palabras clave: discurso, poder, sociosemiótica.

ABSTRACT

Sociosemiotics is distinguished by having in its theoretical center the category of “discourse” and by insistently asking about its power relations. In this presentation we propose to see from a theoretical point of view those authors that have emphasize in the conflictive dimension of the production of the social sense and the struggles for the imposition of sense, establishing relations between Voloshinovs work and his marxist philosophy of language, until the re-reading of Angenot, who proposes the notion of “discursive hegemony” as central in some of his works.

Keywords: Discourse, Power, Sociosemiotics.

En el campo de los estudios del lenguaje, en la década de los 70, algunos autores en Francia reflexionaron por primera vez desde una perspectiva marxista acerca de los vínculos entre discurso, contexto y poder, en ruptura con las lingüísticas o las semióticas de tipo inmanentes que habían sido dominantes hasta ese momento (Pêcheux, 1976). Desde entonces, este interés por la relación entre lenguaje y poder ocupó un lugar prioritario en este campo de estudios, reformulándose en distintos paradigmas. Un poco más tarde, en las ciencias políticas, nuevas perspectivas se hicieron cargo de asuntos similares, pues la influencia del *giro lingüístico* y el posmarxismo permitieron dar un nuevo énfasis a la problemática ideológico-discursiva. En el caso de la teoría revisada de la hegemonía (Laclau y Mouffe, 1987), la dimensión *discursiva* tomó un nuevo estatus al ser considerada como la sede de constitución de lo social, y no como un mero

¹ Universidad Nacional de Córdoba.

epifenómeno superestructural. La politicidad del discurso, no como vehículo de expresión, sino como único horizonte de emergencia posible, estuvo presente en ambos campos. Estas afinidades han generado intentos de articulación, y este camino ha sido fructífero pese a los límites disciplinarios y las especificidades que impone cada metalenguaje: el de la ciencia política, el de una teoría del discurso. El procedimiento más frecuente para intentar esta aproximación ha sido identificar las convergencias entre la teoría de los discursos sociales de Verón, quien ha consolidado desde los años 80 la fundamentación constructivista más compleja –en este punto, afín al *postestructuralismo* en sus postulados ontológicos–, y la obra de Laclau, el principal representante del *posfundamento* en el campo de la ciencia política. Sin embargo, estas vinculaciones encuentran un límite que es el escaso desarrollo que la teoría de la *semiosis* social presenta con relación a las condiciones históricas de producción, la categoría de poder y la ausencia de referencia a la conflictividad (Verón, 1980). No es posible reprochar este vacío a una perspectiva que asumió un paradigma pragmático y que, en su momento, tuvo una explícita polémica con el marxismo; pero tampoco es posible obviar los límites que esto impone a las afinidades que aun así, existen.

Para quienes están interesados en desarrollar estudios sobre la discursividad política y mediática, a partir de la concepción de un orden social contingente, entendido como resultado de un conflicto antes que de un consenso, existe otro camino que permitiría establecer zonas en común con este campo de saberes y, a la vez, plantear y especificar ciertas preguntas en el campo semiótico: ¿cuál es el específico estatus teórico de la relación entre discurso y poder?, ¿cómo establecer de una manera no determinista ni causal los vínculos de un texto con el contexto y los procesos sociales?, ¿cómo fundamentar una teoría del sentido no subjetivista?, ¿es posible vincular estos elementos con las teorías adversariales de la democracia para un estudio de la discursividad? Este camino consiste en la relectura de aquellos autores que pensaron la noción de discurso en su relación con la lucha por el sentido, aun cuando esta tradición no ha sido tenida en cuenta en el Análisis Político del Discurso.

Autores como Valentin Voloshinov, o Marc Angenot, nos acercan a una concepción del poder entendido como una operación hegemónica en la cual la dimensión discursiva se define como central por ser la sede de la controversia, y no la región de los empalmes múltiples o de los consensos comunicacionales, en clara ruptura así con los modelos comunicacionales y estructuralistas. En ambos autores se presentan herramientas que nos permiten pensar la dimensión conflictiva de todo proceso discursivo social. Si lo simbólico es una dimensión constitutiva de lo social, entonces todo discurso está atravesado de una politicidad, al constituir una cierta fijación del sentido en un campo de interminables disputas sin sutura.

En síntesis, se recupera la mirada de aquellos autores que han considerado al campo discursivo como dividido y, a la vez, regulado socialmente, organizado en torno a una lucha que solo puede aparecer como resuelta en términos de una sedimentación contingente. Para esto, se revisarán las propuestas de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso, de Voloshinov y de Angenot. Tratándose de una dimensión que atraviesa cualquier esfera de lo social (lo mediático, el género, la religión, etcétera) estas nociones resultan centrales como fundamento para distintos análisis sobre discursividades contemporáneas, y este será el énfasis particular de este trabajo, lo que no implica ignorar los aportes que en torno a la noción de poder, ideología y subjetividad han realizado otros autores.

EL CONFLICTO POR EL SENTIDO EN UNA PERSPECTIVA DISCURSIVA MARXISTA

La relación entre el discurso y un *exterior constitutivo* fue inicialmente postulada en el contexto de un fuerte interés por la sistematización de una teoría y un método capaz de dar cuenta de discursividades políticas por la Escuela Francesa de Análisis del Discurso en una perspectiva fuertemente influenciada por Althusser. Ya Pêcheux en su obra *Análisis automático del discurso* (1969) inaugura un “cambio de terreno” para el estudio del lenguaje, generando un nuevo objeto teórico (el *discurso*, que no se confunde ni con la lengua ni con el habla), y estableciendo una ruptura con toda perspectiva inmanente. Para esto, la teoría del discurso se define como la reunión de tres campos: el materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y de las ideologías; la lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y de enunciación; y la teoría del discurso como análisis de los procesos semánticos (Fuchs, 1975). El ingreso del aparato conceptual marxista para explicar el discurso político puso a los analistas frente a varios desafíos teóricos: complejizar la noción de proceso de producción de sentido, más allá de la inmanencia de los mecanismos lingüísticos; dar cuenta del contexto, donde en definitiva iría a situarse el origen de los significados; elaborar una teoría no subjetiva del sentido, en la medida en que el sujeto ya no aparece como sede del sentido; generar métodos que fueran capaces de ir más allá de los límites de la oración y establecer criterios para la constitución de *corpus* más vastos y extensos que los usuales en la lingüística.

Para considerar estos puntos, era necesario colocar en un lugar central el contexto, definido en este caso como *condiciones de producción* estables que dan lugar a unas ciertas *formaciones discursivas*. En esta perspectiva, el exterior es visto como parte integrante de los procesos de sentido y este vínculo forma parte del análisis. Esto es porque la condición de posibilidad y legibilidad de un enunciado no se encuentra en las reglas de la lengua o el habla (en sentido saussureano), sino en su contexto y en un dominio asociado de enunciados. Como lo evidencia el ejemplo de Pêcheux, fuera de sus circunstancias la oración “la tierra gira” es incomprensible.

Un lingüista precopernicano [...] sin duda habría planteado una incompatibilidad entre las partes constitutivas de la oración y declarado anormal el enunciado. Es decir, no se puede considerar siempre una oración como anormal o normal por la sola referencia a una norma universal inscripta en la lengua, sino que esta oración debe referirse al mecanismo discursivo específico que la ha hecho posible y que necesita un contexto dado (Pêcheux, 1969, p. 36).

En síntesis: no es posible describir un enunciado sin tener en cuenta el contexto en el que se genera, que se define desde ahora como una dimensión constitutiva, y no suplementaria, de lo discursivo. Ahora bien, este *exterior* es concebido en términos marxistas althusserianos, es decir, refiere a la sociedad entendida como un sistema de producción caracterizado por la desigualdad y la lucha de clases.

La objetividad material de la instancia ideológica se caracteriza por la estructura de desigualdad-subordinación del todo complejo dominante de las formaciones ideológicas de una formación social dada, estructura que no es otra que la de la contradicción reproducción-transformación que constituye la lucha ideológica de clases (Pêcheux, 1975, p. 131).

Así, se inauguran una serie de correlaciones en torno al conflicto que recorre todas las instancias, y que nacen en la lucha de clases: existen en primer lugar las formaciones sociales, las que a su vez se realizan necesariamente en formaciones ideológicas que presentan una o más formaciones discursivas que corresponden a una materialización lingüística (de la ideología). La dependencia de la formación discursiva respecto a la ideológica es directa, y de ella proviene el sentido más que de un sujeto conciente, ya que este no puede hablar más que desde la formación ideológica de la clase a la que pertenece. Todas las instancias son atravesadas por la contradicción, a la vez constituidas en ella y capaces de establecer condiciones de reproducción/transformación. No son zonas idénticas entre sí, pero se correlacionan de manera compleja, a través de la noción de intrincación. Como señala Pêcheux en *Les Verités de la Palice* (1975), el lazo no se presenta como una equivalencia (ideología=discurso) ni una simple distribución de funciones (práctica discursiva/práctica no discursiva), sino como una intrincación de las formaciones discursivas en las formaciones ideológicas, cuyo punto de conexión es la interpelación subjetivante (en el sentido de que por vía del sujeto habla la ideología).

Por otro lado, los postulados representacionales del lenguaje son fuertemente discutidos en la obra teórica de Pêcheux, a través del énfasis en la noción de *valor lingüístico* de Saussure, pero también a partir de los conceptos de *preconstruido* e *interdiscurso*. La preeminencia de estas categorías en su modelo teórico impide pensar que exista un sentido natural de las cosas contenido en la palabra. En rigor, este sería el primer efecto ideológico que provoca la formación discursiva, el de ofrecer como una evidencia incuestionable el sentido de ciertos objetos. De modo similar a Voloshinov, ambas nociones permiten comprender cómo lo que el discurso presenta no es el sentido de una *entidad en sí*, sino la modalización particular y diferenciada que esta adquiere en una formación ideológica dada: “los objetos ideológicos son siempre proporcionados al mismo tiempo que la manera de referir a ellos –su sentido, es decir, su orientación, es decir, la de los intereses de clases que sirven” (Pêcheux, 1975, p. 130). Asimismo, no es que cada ideología nombre de cierta forma distinta un mismo conjunto de entidades, al modo de nomenclaturas paralelas cada una con su huella axiológica, sino que su constitución misma, las regiones que se proponen (Estado, religión), las formas-sujeto, los objetos que hacen posibles, devienen en el contexto de ideologías en relaciones de contradicción y lucha. En este sentido, no hay posibilidad de existencia de un discurso neutral u objetivo: cualquier texto toma posición, de entrada, por alguna de las partes en la lucha por el sentido que divide a la sociedad.

Como puede verse, la categoría de *contradicción* atraviesa todos los niveles de lo social y lo simbólico, y se vincula con la de ideología. En este caso, no se trata de la lucha entre dos entidades ajenas entre sí y previamente suturadas, pese a que esto es lo que afirma la *doxa* dominante de esta época intelectual.

La contradicción no puede ser pensada como la oposición de dos fuerzas que se ejercen la una con la otra en un mismo espacio. La forma de la contradicción inherente a la lucha ideológica entre las dos clases antagonistas no es simétrica (pese a que los textos fueron interpretados en su momento en este sentido): precisamos este punto porque otras concepciones de la lucha ideológica toman, como una evidencia anterior, la existencia de la sociedad (con el Estado, detrás de ella) como espacio, como terreno de esa lucha (Pêcheux, 1975, p. 128).

Esto mitiga lo que podría ser entendido como un reduccionismo, pues se afirma que las propias clases constituyen su terreno de lucha en el espacio ideológico y discursivo también, y en este terreno se reproducen y también se transforman.

Pêcheux también advierte que no es posible atribuir a cada clase su ideología, como si cada una preexistiera de forma plena previa en “sus propias condiciones de existencia y sus instituciones específicas, de manera que la lucha de las clases ideológicas sería el rencuentro de dos mundos distintos y pre-existentes, cada una con sus propias prácticas y sus concepciones del mundo” (Pêcheux, 1975, p. 128). No se trata de una correlación simple o directa; las categorías de clase, ideología o lucha no se reifican de ningún modo. Se dan en el todo social específico donde cierta dominancia se define, y en el marco de la cual cada una intenta imponerse, estableciendo y negociando sus fronteras, fijando los objetos en disputa, en constante desplazamiento y transformación. Esto quiere decir que “los aparatos ideológicos del Estado constituyen simultánea y contradictoriamente el lugar y las condiciones ideológicas de la transformación de las relaciones de producción (es decir, de la revolución, en un sentido marxista-leninista)” (Pêcheux, 1975, p. 129), o en otros términos, que lo discursivo ocupa un lugar central en la disputa y no solo el nivel donde se expresarían diferencias constituidas en otra sede de lo social, como por ejemplo, la economía. Es decir, ideología y lenguaje son constitutivos de la lucha, y no meros instrumentos de expresión de posiciones previamente dadas. La teoría refiere entonces a un conjunto complejo atravesado por relaciones de contradicción-desigualdad-subordinación, que atañen tanto a la ideología como al discurso. Pero esta totalidad, en la que no se podría listar ideologías sino relaciones, se hace evidente el carácter nodalmente contradictorio de toda forma de producción que reposa en una división, cuyo principal principio es la lucha de clases.

A su vez, las relaciones entre las formaciones discursivas serán de alianza, antagonismo o subordinación, según el estado de las relaciones materiales de la sociedad, pero en todo caso habrá entre ellas una pugna por lo que Pêcheux llama el agenciamiento semántico de un término. Así, durante el Mayo Francés, un cierto término, por ejemplo *lucha*, es definido de manera específica en cada panfleto estudiantil, y esto sucede porque cada discurso se inscribe en una formación ideológica más amplia que le *provee* sus principales categorizaciones según unas condiciones materiales de producción estables, vinculadas al estado de la lucha en el campo político. En este caso, la disputa por el sentido está presente, pero los análisis pierden de vista el énfasis teórico constructivista: las condiciones de producción son consideradas objetivas, las entidades del discurso están estabilizadas incluso en conjuntos homogéneos (ya definidas en la formación ideológica según su posición de clase), y por lo tanto son relativamente autónomas; el discurso aparece como una mediación de aquellas.

En este punto, en la teoría convergen tanto un cierto determinismo acerca de las relaciones entre un exterior estabilizado y constituido con relación a lo discursivo, como cierta objetividad de las condiciones de producción, que el discurso puede *ocultar* o no, es decir, finalmente se retorna a una noción del discurso como mediación de una objetividad previamente constituida. Como ya se ha señalado, el propio Pêcheux criticará esto más tarde, pero el asunto es que la mayor parte de la gran cantidad de análisis que se realizan en estos años y que consolidan el paradigma –es decir, la escuela más allá del autor– confirmarán estos postulados. Así, en conjunto estos estudios no analizan tanto las relaciones de *intrincación* sino *problemáticas de bloques*, de formaciones discursivas

estabilizadas y cohesivas, como conjuntos de discursos perfectamente diferenciados entre sí que mantienen una relación de contradicción o antagonismo (en referencia a los análisis de Marandin, Fuchs, Provost, Chauveau, Maldidier, publicados en la década de los 70). En este sentido, si bien hacia principios de los 80 comienzan a incorporarse algunas categorías vinculadas a la arqueología como heterogeneidad, unidad dividida, sujeto-en-falla, en principio los análisis toman otra dirección, que constituye un límite para pensar el conflicto en su dinamismo, pues más que la lectura de *un todo complejo dominante* se provoca un mapa de posiciones dicotómicas (dominante/dominado) estabilizadas y diferenciadas entre sí.

En síntesis, de gran complejidad teórica y en cierta forma heredero de las mismas contradicciones que atraviesan la obra de Althusser, la perspectiva de este autor da relevancia performativa a la categoría de la ideología en la producción de subjetividad, pero termina afirmando una idea de determinación económica en última instancia. En este caso, existe una cierta tensión entre la noción de discurso como espacio de constitución del conflicto social y la determinación que la clase social-económica opera en esta producción de sentidos (justamente, a través de la noción de interpelación subjetivante y de la influencia que la formación ideológica ejerce sobre la formación discursiva). Pese a la complejidad de los planteos fundacionales, un conjunto importante de autores asumieron la teoría en cierta forma simplificándola, al establecer correlaciones más o menos directas entre distintas instancias: clase, ideología, formación discursiva, dominante o dominada. En esta perspectiva, el principal objetivo metodológico, y esto es una huella del estructuralismo, es especificar una matriz parafrástica subyacente que funcionaría como una *máquina de sentido* capaz de garantizar la estabilidad y coherencia de la *formación discursiva* en unas condiciones de producción dadas, estables, la que a su vez tendrá cierta posición de fuerza con relación a otras formaciones discursivas del contexto.

Pero en todo caso, queda claro que el discurso social en la perspectiva de la EFAD se presenta siempre dividido, y se transforma en la sede de una confrontación que tiene sus mecanismos y su especificidad (lingüística, ideológica y subjetivante) pero que, a la vez, se encuentra vinculada a unas condiciones de producción, también atravesadas por el antagonismo.

MULTIACENTUACIÓN IDEOLÓGICA Y HEGEMONÍA DISCURSIVA

En la década de los 80, y en el marco del posmarxismo, esta misma relación entre discurso y poder fue leída en una dimensión analítica y microfísica, como un sistema de reglas dado en un momento histórico (el archivo, según Foucault), o como efecto de sentido presente en la red de la semiosis social ilimitada (Verón). Ambos autores comparten un punto de vista *posmarxista* y rechazan todo sistema de determinación de una materialidad objetiva sobre el discurso. Si bien aquí el postulado construccionista está presente y ocupa un lugar fundamental en la teoría, las nociones de red, microfísica o formación no permiten pensar la conflictividad, el momento del desacuerdo fundamental vinculado a una partición del sentido y de lo social. La metáfora de la *red* es topográficamente interesante, pues alude a configuraciones discursivas que no tienen un único centro de determinación (como es en la EFAD) y que no están tampoco totalmente descentradas en su devenir temporal; sin embargo, en este devenir, no hay instancia alguna que aluda al momento antagónico. Muchas de las mismas críticas orientadas al fuerte reduccionismo de la perspectiva marxista fueron también

planteadas al modelo de la Escuela Francesa, incluso omitiendo la complejidad teórica y filosófica de sus primeras formulaciones. Y en la búsqueda por mitigar esta noción de discurso como efecto o reflejo mecánico de una estructura, en el campo semiótico comenzaron a definirse modelos que, aun inscriptos en esta perspectiva, presentan categorizaciones más *flexibles* y que dotan de cierta autonomía al juego del discurso y el poder.

Así, en los años 90, la relación entre discurso y poder vuelve a ser leída como una lucha por el sentido que no se da en formaciones externas las unas a las otras, sino en el mismo signo, en los desplazamientos y resignificaciones de tópicos y discursos, devenir que no puede ser vinculado con un puro fluir del lenguaje como tesoro compartido o con una teleología del consenso. La relectura de Voloshinov es fundamental, ya que –de una forma cercana a la noción de hegemonía– pone en el centro de la teoría la noción de conflicto (más que la de producción y reproducción de las condiciones). La relación discurso-poder se define aquí como un estado de fuerzas, como el conjunto de posiciones en una topografía más compleja que la división dominante/dominada, y no es formulada como unos *bloques* autocentrados y en antagonismo que se imponen a la totalidad, sino como sistemas de regulaciones dinámicos y sobredeterminados (es decir, no supeditados a una única objetividad). Estas son las teorías en las que se pondrá el acento para pensar el campo de la discursividad política enfatizando en el dinamismo del signo, su contingencia, su mutabilidad, su capacidad de multiacentuación.

Con relación a Voloshinov, se considera su único libro, *Marxismo y la filosofía del lenguaje. Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje* (1976). Como es sabido, su proyecto es el desarrollo de una filosofía marxista del lenguaje, partiendo de un diagnóstico que señala allí un vacío, provocado por la inexistencia de una definición específica de los fenómenos ideológicos y por el predominio de una causalidad mecanicista en los estudios existentes hasta el momento. Se presenta como un trabajo de objetivos modestos, que más bien inaugura un campo antes que cerrarlo, dedicado a señalar solo el sentido general de un pensamiento lingüístico auténticamente marxista (1976, p. 17). Una idea fundamental es que el signo está siempre vinculado con la historia, los contextos pragmáticos y vitales, las circunstancias que lo rodean, desde las más inmediatas hasta las históricas y amplias. La *base material* condiciona al signo (y allí están las relaciones de producción, la formación política social, las posiciones de clase, y también las formas de interacción discursiva disponibles en una sociedad), pero esta relación no es lineal ni mecánica. Se da a través del fenómeno de *acentuación ideológica*: el vínculo entre signo y contexto se evidencia en el acento valorativo que marca el contenido del signo. Polemizando con la perspectiva saussureana, Voloshinov sostendrá que el signo es fundamentalmente ideológico, y también mutable, pues puede adquirir diferentes significados en diversos contextos, y no se mantiene como una forma normativamente idéntica. Esto no es un fenómeno de polisemia, sino de múltiples acentos axiológicos que distintas clases sociales pueden darle a un mismo signo, siempre intentando imponer el reconocimiento de esa valoración singular como la única posible en el contexto de las interacciones socio-discursivas. Esto afecta a los temas que particularmente interesan en una época y que se destacan en su horizonte social: no aparecen dichos de manera neutral, sino que son “temas acentuados axiológicamente” (1976, p. 45). Este *acento* es social, aunque lo produzca una voz individual, se imprime desde el exterior en el signo, no es inmanente,

es en rigor una entonación ideológica vinculada a la visión de mundo (en tanto axiología) de alguna clase social. Así, la ideología se asume como punto de vista, como orientación social, como acentuación propia de una clase.

De esta manera, la palabra no tiene un sentido estable, sino que este va cambiando según los contextos, y estos no tienen entre sí relaciones armónicas, sino de conflicto. Por lo tanto, los distintos acentos ideológicos de las diferentes posiciones sociales de una misma comunidad lingüística se inscriben en los signos, y pugnan por obtener reconocimiento.

Las clases sociales no coinciden con la comunidad hablante, es decir, con el grupo que utiliza los mismos signos de la comunicación ideológica. Así, las distintas clases sociales usan una misma lengua [...] en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases. Este carácter multiacentuado del signo ideológico es su aspecto más importante (Voloshinov, 1976, p. 45).

Así, aunque la lengua sea una, al estar dividida, fragmentada en las heteroglosas de las distintas clases sociales, los signos que la integran son sede de confrontaciones, y este es el rasgo más significativo del signo que así se hace ideológico, y en particular de la palabra. Lo que refracta en él son los intereses sociales de orientación más diversa dentro de un mismo colectivo semiótico, esto es, la lucha de clases (Voloshinov, 1976, p. 47). Como diría Barthes, la operación consiste en hacer universal lo particular, necesario lo contingente, y fijar el sentido, al clausurarlo: "La clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales, pretende apagar y reducir al interior la lucha de valoraciones sociales que se verifica en él, trata de convertirlo en signo monoacentual" (Voloshinov, 1976, p. 48). Fijar el vínculo en principio dinámico entre significante y significado, eternizar alguno de los significados posibles: esta sería la operación de dominación, el momento en que el poder se ejerce en el discurso. Y esta sería la opacidad (en la relación significante/significado) que elimina Saussure en su noción de *signo lingüístico*, al expulsar así la historia, el contexto, en definitiva lo que hace del lenguaje un fenómeno vivo y dinámico.

En el caso de la propuesta de Voloshinov, el énfasis no está puesto en las grandes y homogéneas *formaciones discursivas* tal como las pensó la Escuela Francesa, sino en un todo discursivo siempre dividido, escindido, en el cual se dan puntos de lucha que se constituyen como el *locus* de un conflicto ideológico y de clases. La metáfora que refiere al enunciado como *arena de la lucha* es provocadora, y coloca en el centro una idea que reaparecerá varias décadas después: no es a través del signo (y lo que él expresa o deforma) que se desarrolla una lucha, sino que esta se da en el signo mismo a través de la imposición de algún significado, axiología, orientación. Ningún signo puede sustraerse a esta condición ideológica, aunque en distintas épocas se ponga el énfasis en distintos temas sociales. La teoría se sostiene en un conjunto de postulados que permiten pensar un proceso social de producción de sentidos con relación al conflicto situado en el exterior, pero a la vez capaz de obtener efectos de transformación de esa base: una sociedad constitutivamente dividida que plantea y resuelve sus luchas en el campo simbólico e ideológico; un impacto de esta condición en el signo abierto a las diferentes entonaciones ideológicas que va fijando su sentido según los distintos contextos en los que aparece. Una lucha que se da en torno a la capacidad de imponer, de fijar, la orientación ideológica

de una palabra; confrontación que a su vez se desarrolla en un campo dinámico, en un dialogismo en el cual se articulan determinaciones sociales y *responsabilidad individual*, sin clausura posible. Esta lucha no tiene fin: cuando aparece como terminada, no se ha llegado a ninguna verdad, sino más bien a la imposición –por un tiempo– de algún significado. Es decir, alguna orientación ideológica ha ganado la batalla.

Así como en la perspectiva de Pêcheux el sujeto no es el origen del sentido, sino el primer efecto de la operación ideológica, y los objetos ideológicos que propone le son dados por una formación discursiva, hay también en Voloshinov una profunda reformulación en la concepción de subjetividad. Todo producto ideológico se caracteriza porque posee significación: no es un reflejo de otra cosa (en ese caso sería una mera señal), sino que representa, reproduce, sustituye, siempre en su condición material y singular. Por ser material, el producto ideológico es totalmente objetivo, pues: no reside en la conciencia de las personas. Aquí hay ya una cierta toma de postura: la ideología no es abstracta ni está en las conciencias, es material. Y hay otra definición fundamental: se manifiesta solo y siempre como signo. Signo e ideología se superponen enteramente: “Todo lo ideológico posee significado: representa, figura o simboliza algo que está fuera de él. [...] Sin signos, no hay ideología” (Voloshinov, 1976, p. 26). Así, se diría que la ideología tiene una condición fundamentalmente semiótica y que la palabra es siempre ideológica. Son dos dominios solapados que se definen mutuamente: “La palabra es el fenómeno ideológico por excelencia” (Voloshinov, 1976, p. 33). Ahora bien, los signos solo pueden aparecer en el proceso de interacción individual entre una conciencia individual y otra, esta aparece como llena de signos. El verdadero lugar de lo ideológico está en la materia social específica de los signos creados por el hombre, estos a su vez solo pueden aparecer en un terreno interindividual, ya que es esencial que los dos individuos estén organizados socialmente (Voloshinov, 1976, p. 29). Hay aquí una cierta definición de la subjetividad que sobrepasa lo que Voloshinov considera “la falsa oposición conciencia (lo individual) vs. ideología (lo social)”. Contra el idealismo y el positivismo psicologista, el autor insiste en que la conciencia no corresponde a un plano de leyes psicológicas e individuales, sino que se construye y realiza mediante el material sígnico creado en un colectivo organizado. Por otro lado, esta organización se da atravesada por el conflicto de clases, pero a la vez caracterizada por el dialogismo, pues la actividad ideológica es creativa, aunque constreñida ya por una cierta organización social, y tiene su base en la relación yo-tú que otorga centralidad a la noción de interacción discursiva y a la participación de varias voces.

Desde este punto de vista, toda persona es ya un sujeto social desde la constitución misma de su conciencia y no el principio autónomo de un proceso comunicacional o el autor original de los actos de enunciación: “La conciencia individual no es el arquitecto de la superestructura ideológica, sino tan solo un inquilino alojado en el edificio social de los signos ideológicos” (Voloshinov, 1976, p. 32). Sorprende la forma en que, ya en aquellos años, este autor plantea que el sujeto es, en cierta forma, un efecto de la ideología, lo que otorga carácter social a cualquier acto de enunciación, pues de entrada no habla un sujeto autónomo –aunque hable una voz individual– y en sus palabras se encontrarán acentuaciones que son, siempre, construcciones sociales.

Las consecuencias teóricas de estas afirmaciones son múltiples: no es posible considerar a la ideología como un asunto del que pueda dar cuenta la

psicología, ni es tampoco posible sostener que la palabra es una forma normativamente idéntica, abstracta, homogénea y perteneciente al orden del sistema (tal como se afirma en la propuesta de Saussure). El lenguaje será entendido también como *lazo social*, pero no en el ámbito de lo común de los hablantes – como contrato, como consenso–, sino como sede de disputas, siempre vinculadas al contexto y, en definitiva, a la lucha de clases. Porque a esto remite la noción de *individuos socialmente organizados*, a la forma de la lucha de clases, es decir, ya inmersos en un conflicto; las fuerzas que lo determinan son la organización de la sociedad y de sus fuerzas productivas. En este punto, es necesario reconocer que en esta teoría operan varios principios de un marxismo canónico. La sociedad está dividida en clases según el estado de las relaciones productivas, esta división es irreconciliable y se plantea como lucha continua, en esta base material estaría el núcleo que determina de forma inevitable el resto de los fenómenos sociales, aunque con mediaciones. Sin embargo, hay en este autor una cierta “contaminación” de estos niveles, una reversibilidad del fenómeno ideológico-discursivo sobre las bases materiales de existencia de los hombres.

HEGEMONÍA COMO DISPUTA DE SENTIDO

Sería un anacronismo pretender de Voloshinov una teoría de la hegemonía. Este autor solo ofrece una versión particular del signo desde una perspectiva marxista. Pero sin duda constituye una mirada afín que es quizás la que fundamenta su notable difusión desde mediados de los años 80 en Argentina. Será Angenot (un autor belga, inscripto en las sociocríticas literarias y la sociosemiótica) quien dará este paso al recuperar varias de estas nociones y articularlas, a partir de los años 90, en una teoría de la hegemonía del discurso social a la vez influenciada por la perspectiva foucaultiana. Al no plantearse la *palabra* sino el *discurso* como objeto, y más específicamente la forma en que algunos conjuntos de enunciados se hacen hegemónicos en un momento dado, su teoría ofrece también algunas otras herramientas para pensar las disputas discursivas, incluso definidas como un malentendido perpetuo, que no puede ser saldado por un mero intercambio (Angenot, 2008).

Para este autor, un punto de partida importante es poner en evidencia que, contra toda impresión de sentido común, el discurso no es un tesoro disponible de manera perpetua para cualquiera y en cualquier lugar, no es posible decir cualquier cosa en cualquier momento; por el contrario, existen para cada época límites para lo decible, lo pensable, lo argumentable. De eso se trata la hegemonía discursiva: del conjunto de reglas implícitas que regulan este decible global, de las condiciones que hacen posible un número escaso de enunciados. En este punto, es clara la influencia de la noción de archivo de Foucault, pero inmediatamente en este archivo se inscribe la figura del conflicto, antes que una discontinuidad o ruptura. En primer lugar, esta perspectiva define como discurso social a todo lo que se narra y argumenta en un momento dado, encara la totalidad de lo decible de una época, desclausurando géneros y todo tipo de discursividades. En segundo lugar, se afirma que esta totalidad está ordenada (no es pura yuxtaposición, ni cacofonía) por un sistema de reglas que predetermina la producción de las formas discursivas concretas. Estas reglas son prescriptivas, hacen posible la diversificación y la cohesión a la vez, y son definidas de varias maneras, aunque dan siempre como resultado una hegemonía discursiva. Imponen aceptabilidad de lo que se dice, formas aceptables, repertorios de época: temas recurrentes, ideas de moda, lugares comunes, efectos

de evidencia. La hegemonía es el conjunto complejo de normas y de imposiciones diversas que operan contra lo aleatorio, lo desviante, que indican los temas aceptables y las maneras tolerables de tratarlos, y que instituyen las jerarquías de legitimidad (valor, distinción, prestigio) (Angenot, 2010, p. 31).

La hegemonía no es el conjunto de temas que predominan, sino el conjunto de reglas que le otorgan a ciertos enunciados una posición de influencia y prestigio, expulsando otros. Alude a la noción de discurso social dividido y en conflicto, ya que la hegemonía no es homogénea ni total, aunque forma un conjunto que tiende a la homeostasis. Es el resultado de relaciones de fuerza, contradicciones, tensiones entre fuerzas centrípetas y centrífugas: es una dominancia en el juego de las ideologías. Hacer un análisis referido a la hegemonía discursiva implica buscar las invariantes en la totalidad de los discursos producidos, lo regular en la cacofonía aparente, los principios de cohesión, la unificación entrópica, identificar tendencias generales, avatares regulados por formas y temas fundamentales. La empresa, por supuesto, admite fragmentaciones, ya que para cada época habrá objetos *dóxicos* sobre los que una axiomática se desarrolla, replicándose en distintos géneros discursivos (la mujer a fines del siglo XVIII, o la cuestión judía, etcétera).

Estos *asuntos sociales* pueden ser leídos en los mismos términos que los definió Voloshinov: los enunciados serán siempre ideológicos, y cargarán con las valoraciones que en un momento dado se haga de estos objetos al modo de una gnoseología que hace inteligible lo real. Habrá valoraciones, axiologías y axiomáticas en pugna y las reglas (tácitas) de una hegemonía (epocal) favorecerán a estos conjuntos de enunciados con posiciones de aceptabilidad o repudio, de verosimilitud o ridiculez, de dominancia o exclusión, de encanto o inaudibilidad; en rigor, de dominancia posible entre los discursos divididos en un estado dado del discurso social. La dominancia se vincula con los efectos que un discurso dado es capaz de suscitar en un cierto momento: términos como aceptabilidad, eficacia social, verosímil social, reconocimiento, legibilidad, efectos de evidencia, son centrales en esta perspectiva. En este punto, Angenot está vinculando hegemonía y performatividad, en el sentido de asumir que adquirirán dominancia los enunciados que resulten aceptables en una época.

Ciertas entidades aprovechan la lógica hegemónica para imponerse y difundirse a partir de estos efectos, asegurando un cierto grado de homogeneización del discurso social. Esto solo puede lograrse a través de una *interacción generalizada* (que aparece como una recuperación del principio de *dialogismo* de Voloshinov) y que encuentra dos formas: intertextualidad (circulación y transformación de ideologemas, pequeñas unidades significantes dotadas de aceptabilidad difusa en una *doxa* dada) e interdiscursividad (interacción de axiomáticas del discurso).

El movimiento hegemónico se da en una sedimentación temporal, a lo largo de la cual un conjunto relativamente reducido de tópicos (enunciados ideológicos, axiomas) emerge y comienza a circular por diferentes géneros discursivos. El *topoi* o tópico es un *ideologema*, exactamente en el mismo sentido de Voloshinov: un enunciado cargado de una valoración ideológica que corresponde a una posición social. Migra, circula y prolifera en la discursividad mediática, artística, ficcional, jurídica, política, en el rumor social cotidiano. Encuentra aceptabilidad y configura sus propios contextos de confirmación. Distintos *ideologemas* concurrentes se hacen cointeligibles entre sí, y dan una cierta definición del objeto en cuestión: establecen qué temas tratar y cómo hacerlo, qué enunciados serán

tomados seriamente y cuáles no; desarrollan una tópica que propone un verosímil, unas restricciones, un etnocentrismo, un *pathos*, una *doxa*. Resultan, para algunos sectores, aceptables, indiscutibles, evidentes. Sin embargo, no logran imponerse totalmente, no hay unificación del discurso social, otros tópicos sobre el mismo tema permanecerán en una periferia siempre activa.

Esta perspectiva puede dar cuenta de conjuntos discursivos que aparecen en dominancia respecto a ciertos temas en un momento dado. El uso de ciertos términos confunde. Las nociones de Angenot no se vinculan con los conceptos de Laclau. Además de pertenecer a los estudios del lenguaje, más que de un significante sobredeterminado, se trata de relatos que incluyen conjuntos de enunciados; habría que hablar de lenguajes ideológico-políticos, narrativas (Faye, 1976), de gramáticas disponibles, que van configurándose paulatinamente, más que de un significante vacío o un punto nodal capaz de rearticular una dislocación. Sin embargo, hay elementos en común en las modalidades de operar en la relación discurso-poder, pues ciertos tópicos o significantes son los que logran, en un momento dado, fijar un sentido, ordenar una articulación posible, hacer inteligible lo real. Estos son contingentes precarios, están en un proceso de clausura sin fin, su poder no consiste en ocultar ni deformar ninguna realidad sino en su capacidad de proponer un sentido o una gnoseología, una manera de conocer el mundo. Para Laclau el énfasis estaría más en la gramática de producción (la sobredeterminación de un elemento) que en la circulación, y se deja de lado la pregunta sobre el enigmático proceso que hace que un significante logre aceptabilidad creciente en un contexto dado y, por lo tanto, dominancia ideológica y capacidad de articulación.

En el caso de Angenot, se trata de reconocer qué gramáticas ideológicas, qué acentuaciones axiológicas han ido configurándose como dominantes en un momento dado, vinculándolas con ciertas condiciones de producción (la economía, la política, el Estado). Entonces, no existe un punto nodal, sino narrativas completas, la configuración de *doxas* más complejas sobre ciertos asuntos. Y respecto a estos, varios componentes podrían ser analizados: en qué conjuntos discursivos y posiciones se configuraron, cómo y cuándo migraron, qué sujetos convocan, interpelan y consideran legítimos frente a otros que expulsan (etnocentrismo), qué tópicos y temáticas definen (como conjuntos de verdades evidentes e incuestionables, y considerando siempre que toda *doxa* corresponde a una gnoseología, una ideología, una manera de conocer el mundo), qué dominante de *pathos* las acompaña, qué sistemas topológicos.

A lo largo de este trabajo, se ha puesto el énfasis en la conflictividad del sentido social en la teoría de Angenot, que tiene a su vez un límite importante: su renuencia a pensar la novedad, lo emergente, en consecuencia, la tendencia a cerrarse en el análisis de hegemonías ya constituidas. Existen grietas, rupturas dóxicas y críticas, puntos donde la red de las mallas sociodiscursivas se deshace y donde, a través del agujero, se puede percibir una lógica *otra*. Esto es la heteronomía, el lugar donde el discurso social escaparía a la lógica de la hegemonía. No son simples divergencias de opinión o innovaciones formales “sino hechos que se situarían fuera de la aceptabilidad y de la inteligibilidad normal instituidas por la hegemonía” (Angenot, 1989, p. 37). El discurso social de una época se organiza en sectores canónicos, reconocidos, centrales. En los márgenes, en la periferia de esos sectores de legitimidad dentro de un antagonismo explícito, se establecen *disidencias*. Es allí, aparentemente, donde hay que buscar lo heterónimo. Son divergencias, grupúsculos que se oponen a los valores

y las ideas dominantes de su época; sin embargo, la hegemonía sigue pesando sobre la lógica del grupo. Por un fenómeno de alegoresis (reordenamiento centrípeto de los textos de la red sobre un texto tutor, o un *corpus* fetichizado) o de interlegibilidad se asegura una entropía hermenéutica, y se reduce lo nuevo a lo conocido. Para Angenot, el contradiscurso no es tan impermeable como se cree, porque la hegemonía posee un poder de aglomeración, una fuerza de gravedad enorme que produce en su periferia un estallido, un fraccionamiento. Funciona como el planeta Júpiter, ya que su enorme masa dificulta el crecimiento de las entidades periféricas asegurando una entropía hermenéutica que reduce lo nuevo a lo conocido. Así, para este autor, lo que aparece como un cambio (o como un contradiscurso, por ser paradójico o protestatario) no garantiza realmente ninguna ruptura. Los discursos que implican verdaderas rupturas no están contra la hegemonía, sino fuera de ella: no son audibles según las reglas de una época, no logran ningún efecto, no dicen nada para nadie, no sugestionan ni preocupan, solo provocan risa, revulsión y exasperación.

Llamamos efecto de hegemonía a lo que vuelve insatisfactorios, inadecuados, problemáticos, un poco ridículos, a los lenguajes de la periferia. [...] La heteronomía está en relación directa con la aceptabilidad, variable histórica generada por la economía discursiva global, y más ampliamente con la eficacia pragmática adscripta a una configuración discursiva (Angenot, 1989, p. 22).

Esta perspectiva, entonces, pareciera dotar de una gran eficacia histórica a la noción de hegemonía discursiva, presentándose como una herramienta más eficaz a la hora de pensar los poderes instituidos que los momentos de dislocación, emergencia, transformación, y por qué no, de rupturas emancipatorias. Lo que entonces, paradójicamente, vendría a limitar severamente el alcance del conflicto discursivo, en la medida que la hegemonía parece tener aseguradas las condiciones para su propia reproducción. En cierta forma, operando como prescripción de análisis, se trata de signarnos siempre a la descripción de lo que funciona, del *ça va*, aun cuando se admiten las tensiones, contingencias y exclusiones.

En síntesis, ambos autores proponen un análisis profundamente vinculado a la noción de poder como disputa de sentido. Nuevas preguntas se derivan de las dimensiones que estos autores nos permiten pensar y postular en términos semióticos: los objetos y los sujetos no vienen dados, no preexisten al discurso; el campo discursivo se da siempre dividido y existe una pugna, un desacuerdo entre sus partes, por lo tanto, un mismo significante puede ser definido en distintos campos de enunciados o cadenas de asociaciones. Finalmente, la fijación de un sentido entre otros es la operación que especifica la politicidad de cualquier género discursivo, de cualquier función enunciativa. Entonces, ¿cómo sería posible instaurar un nuevo litigio, lograr la emergencia de nuevos sujetos políticos; proponer relatos capaces de crispar ideologías y significantes ya establecidos en el orden previo; tematizar nuevos objetos y definir en torno a ellos, o impugnar, una vez resignificados, ciertas fronteras?, ¿no sería significativo acaso comprender cómo emergen nuevos significantes que se autonomizan de articulaciones previas para generar interpelaciones novedosas? ¿Qué es una demanda sino un conjunto de actos discursivos que se vinculan con unos objetos, con las fronteras establecidas de una comunidad política, de una subjetividad en proceso de institución que posiblemente excluya otros lenguajes, otros sujetos? Y en estas emergencias, ¿no aparece como fundamental

la interdiscursividad, la intertextualidad, los cruces entre géneros, enunciados, tópicos?, ¿no sería útil detenerse en las formas en que distintos discursos sociales encarnan y promueven ciertas axiomáticas?, ¿o describir cómo estas de forma dinámica van estableciendo subconjuntos, migraciones, resignificaciones, y cómo una lucha se da en torno a ciertos significantes?

REFERENCIAS:

- Angenot, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. París: Payot.
- Angenot, M. (1989). *1889. Un état du discours social*. Québec: Ed. Balzac.
- Angenot, M. (1989). Hégémonie, dissidence et contre-discourse: réflexions sur les périphéries du discours social en 1989. *Études littéraires*, 22(2), pp. 11-24.
- Angenot, M. (2008). *Dialogues du sourds. Traité de rhétorique antilogique*. París: Mille et Une Nuits.
- Angeneot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Faye, J.-P. (1976). *Los lenguajes totalitarios*. Madrid: Taurus.
- Foucault, M (1976). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuchs, C. (1975). Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours. *Langages*, (37), pp. 227-259.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Pêcheux, M. (1969). *El análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Pêcheux, M. (1975). *Les vérités de La Palice. Linguistique, sémantique, philosophie*. París: Maspero.
- Verón, E. (1980). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- Voloshinov, Valentin (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.